

Caballos

Cecilia Maugeri

Gracias a mi familia de origen, especialmente a mis padres, por abrirme el camino.

Gracias a Karina Macció y a Siempre de Viaje por acompañarme en la escritura.

Gracias a Hernán Casabella y Textos Intrusos por confiar en mis poemas.

Gracias a la Vida que escribe en mí.

A Hernán.
Al amor que me alienta a bajarme del caballo.

La Doma

I

Al trotecito, escuchan el látigo y hacen su gracia, dan vueltas en círculos, ahora para el otro lado, formar, un saltito, ahora en dos patas, ahora abajo, todos juntos, apiñados, ahora otra vuelta, formar, ahora en dos patas, trote más rápido, ahora lento, ahora caminar, formar, ahora moviendo la cola como un plumero, saludo mirando el piso, espero los aplausos, ahora vueltas en círculo, ahora salen de a uno, saludan, fin del número, aplausos, espero, sonrío, orgulloso, domador: miren todo lo que estos caballos pueden hacer.

II

Caballo de tiro, lento, pesado, carga una familia, un bulto, un almacén, un carro lleno, cubierto de polvo, caballo percherón, tirando, camina despacio, tracción a sangre, tirante, a cuesta, arriba, tira para adelante, mira al frente, nunca a los costados, pone el pecho, marcha, tira, cubierto de polvo y sudor, tira la sangre, sin lágrimas ni descanso.

III

Sucio, lastimero, gordo pachorriento, no quiere salir. Los ve correr a su encuentro. Los chicos quieren cabalgata. Toda la familia viene detrás. El animal quiere quedarse y comer. Caballo hediondo, vamos, hay que arrancar, salir de paseo, llevar a los chicos, éstos que no entienden nada de caballos. El caballo sabe el circuito, al borde de la playa, caballo rancio trota con esfuerzo y algunos le exigen un poco más rápido. El caballo cansado no quiere cabalgar, sólo quiere quedarse quieto y comer, pero el chico insiste en la corrida. No sabe nada, nada de caballos.

El chico es un clavo que pincha en el lomo y el caballo cansado, al borde del mar, se sacude y corre, corre y se sacude, intenta y corre, caballo cansado, no puede liberarse, corre y cae, molido, caballo y chico al agua, al suelo: fin del paseo.

IV

La yegua no se ensucia, la jineta tampoco. Vestuario blanco y rojo impoluto, yegua negra vibrante, crines atadas y botitas blancas: no puede sudar.

Termina la exhibición.

La yegua se anima a emitir un leve resoplido. Sonido del fin, se escucha el descanso. La jineta dispone de su tiempo libre. Alguien se acerca, le palmea el lomo y comienza a cepillarla.

Ellas trabajan y descansan en la belleza.

(No hay cárcel más hermosa)

V

A los burros, vamos a jugarle a los burros. Pero no son burros, por qué les dicen burros si los burros son ustedes. Qué se quedan ahí mirando, qué esperan obtener, qué hacen mientras los caballos corren a toda velocidad, explotan a cada paso, dejan todo, el aire, la sangre, la pureza, todo el cuerpo en dirección a la meta, una vuelta, unos pocos metros pelados en dos minutos.

Un disparo se escucha y al instante se termina la carrera, sigue el humo de la explosión en el aire y los caballos ya están descansando. Ya terminó. Dos minutos es lo que dura su atención, dos minutos hasta explotar, hasta que pierdan o ganen todo, dos minutos pendientes del final, todo para terminar, para llegar, para acabar con todo, con su furor y su deseo.

VI

Quiere otra vuelta, quiere alcanzar la sortija la sortija la sortija se sacude en sus narices y quiere quiere quiere agarrar y sacar una vuelta más, caballo mareado engolosinado, caballo giratorio bailando sobre el vértigo lento que ronda la superficie terrestre.

El caballo no se mueve, pegado al piso, nada de movimiento, gira y gira siempre sobre sí: caballo círculo en el lugar.

VII

Caballo de domingo trajeado de gala, caballo en la plaza, arrimado a la vereda, espera tranquilo a los chicos que salen del Zoológico, del Jardín Japonés, del Botánico, de la Rural, chicos que salen de los balcones y los patios, chicos que salen de todos lados, un domingo de sol, a ver el mundo natural, los animalitos, las plantas, el campo en la ciudad. Ahí está, el caballo engalanado, brillante, en su carruaje multicolor con letras rimbombantes, de época, de cuento.

Arriba del mateo, los chicos son príncipes y princesas. Saludan con la mano bien alta a todos los que pasan. Pequeña nobleza, sonrisa gigante, mundo mágico en extinción, la fauna, la flora, el caballo en extinción, resiste en la memoria, vive en la nostalgia.

La Fuga

Y hete aquí que cuando menos lo esperaba Cósimo, la mujer a caballo había llegado a la margen del prado contiguo a él (...) y Cósimo la veía perfectamente, rostro y cuerpo, erguido en la silla de montar: el rostro a la vez de mujer altanera y de niña, la frente dichosa de estar en aquellos ojos, los ojos dichosos de estar en esa cara, la nariz, la boca, la barbilla, el cuello, cada rasgo de ella dichoso de los demás rasgos, y todo, todo, recordaba a la chiquilla vista a los doce años en el columpio el primer día que pasó en las copas de los árboles: Sinforosa Viola Violante de Ondariva.

Italo Calvino, *El barón rampante*

I

Viola en su columpio

se eleva en el aire

baja

sus pies tocan el piso

se impulsa con la tierra

y alcanza el cielo otra vez

risita de travesura y ambición

Viola ríe a carcajadas

las piernas

la cara se ventila

siente el aire en los brazos

un péndulo continuo

el columpio se hamaca abajo

se hamaca arriba

II

Viola sabe que Cósimo la mira escondido entre las ramas y lo invita a jugar al desafío.

Sin parar de columpiar le dice las reglas del cielo y de la tierra. Hay que cumplirlas porque si no se termina el juego y ella quiere seguir hamacándose entre los mundos.

Arriba es el reino de él y ella puede visitarlo como un huésped de honor.

Abajo, cuando sus pies tocan la tierra, es el reino de ella y él es su esclavo para siempre.

III

Ven a jugar conmigo mientras estoy en el aire y escápate rápido cuando toco la tierra. No te dejes encarcelar, piérdete por las ramas saltando veloz para que yo pueda perseguirte corriendo con mi caballo, esquivando los árboles, buscándote entre las hojas.

Que no te tiente, que no te den ganas de tocarme. Tienes que saber que en la tierra eres mi esclavo y me divierte pensarlo. Pero estoy segura de que tocas el suelo y se acaba el juego. Quedas esclavo de la tierra y el aburrimiento.

IV

Un día, Viola y su familia dejaron el castillo. Debían escapar urgente; la estafa de su padre había sido descubierta. Cósimo aceptó el desafío y nunca más pisó la tierra. Pasó su vida sobre los árboles, desplazándose de rama en rama cada vez más lejos, hasta conocer nuevas tierras y gentes. Se hizo de amigos y amantes. Pero no pudo olvidar a la niña en el columpio, el toque del cielo, el toque de la tierra y el vértigo permanente.

Quizás te preguntes dónde estoy. No me fui tan lejos.

Sigo jugando a la provocación.

Te sorprendería ver cuántos muchachos me siguen. En poco tiempo pude reunir una linda banda para salir a robar fruta cerca de Tolemaico, al otro lado del olivar. Ellos corren como yo, aprendieron muy rápido. Me siguen. Adonde sea.

¡Es tan divertido! No saben lo que hacen.

Ninguno puede entender mi juego. Nadie sabe como tú.

VI

Viuda es el estado civil que buscaba desde el principio.

No podía ser ni soltera ni monja. La duquesa Viola tenía que casarse. Aún entre los reos ella era una duquesa, la líder indiscutida de los ladrones de fruta. Y así, sin quererlo, seguía el linaje de su padre, noble contrabandista, el mejor de los piratas terrestres.

Ella tenía que casarse por su madre, pero lo haría para seguir vagando y escapando, para no caer en la vajilla de porcelana y los cubiertos de plata.

Elegió un noble viejo que rozaba la decrepitud, para asegurarse de estar casada el menor tiempo posible. Sabía que no era lo mismo una amazona virgen que una viuda. Quería merecer ese respeto que proyectan las mujeres con un muerto en su haber.

Ella sabía. Es preciso que la mujer se case al menos una vez en la vida para que la dejen en paz. Eso fue lo que ella quiso a toda costa: la paz de una mujer que ha cumplido con el mandato y entonces es libre de hacer lo que se le antoje.

Tal vez te preguntes qué fue de mí.

Me casé, enviudé.

Mi padre murió también y fue a reunirse con mi madre.

No tengo que rendirle cuentas a nadie. Paso mis días al galope. Busco una aventura cada día.
Aparezco en lugares insospechados. Nadie puede prever mi presencia.

Éste es mi territorio: cualquier suelo que pise mi caballo.

Los hombres que encuentro a mi paso no pueden resistir la tentación. Me siguen.

No entienden el juego. Me pierden de vista, se marean, olvidan dónde están.

Esto es un aburrimiento, y yo sólo quiero divertirme.

VIII

Corre Viola

corre Violante
corre por la llanura
corre por el monte
corre por el ombú
corre Viola con tu caballo enano
corre siempre
corre sin parar
corre Violante nunca te detengas
siempre volando tu pelo larguísimo
tu pelo rubio la coda para el caballo blanco
al trotecito
se sube
se trepa a todos los árboles
siempre volando blanco
corre y salta y sigue siempre
siempre corriendo dando vueltas en zigzag
caballo obediente
corre Viola
impone un zurco en la tierra
cruzando el olivar
un zigzag se dibuja en la llanura y se esconde
esquivando las ramas
coqueteando
la vegetación se desparrama y te enreda
te atrapa te seduce
tus cascos crepitan
atolondrando a los que tratan de seguirte
pero nunca
nunca pueden
no pueden porque vos
siempre
por siempre
correrás

IX

sígueme sígueme sígueme sígueme por aquí no te pierdas confía en mí mírame sígueme seguro
sígueme sígueme sigue pensándome adivíname sígueme hasta que sepas adónde vamos tienes que
seguirme más rápido para adelantarte porque yo no voy a parar voy a seguir corriendo hasta que me
encuentre con tu cara de frente y me congele y casi trastabille y el caballo salte en el lugar
confundido y me quede mirándote y me den ganas de besarte y tenga que dejarlo al caballo en un
árbol para poder subir y seguirte porque no sé trepar como galopo soy torpe entre las ramas pero me
das la mano y eres mucho más amable que yo en los árboles soy tu huésped me enseñas cómo hacer
para saltar de rama en rama para llegar a la base protegida por la acumulación de hojas un refugio
que no se ve desde abajo ni desde arriba un paréntesis que se mete entre el cielo y la tierra.

X

Viola y Cósimo corren, una en su caballo, el otro por las ramas. Corren atravesando las cuencas del reino, hacen equilibrio en sus fronteras, aúllan, se mesan los cabellos. Corren locos pero no se acercan. Corren y esperan sorprenderse en el encuentro. Desean que el otro se presente de la nada, que cruce el monte a toda velocidad y se estampen en su cuerpo de golpe, pegados, y se abracen urgente con la piel quemando como si hubiesen tomado un bidón de nafta y el contacto chispa encendiera una explosión que se puede ver desde los reinos vecinos.

Ellos vuelan por los aires empujados por la inflamación, los gases, las chispas, las cenizas. Nubes de llamas volando por encima de los árboles.

Se encuentran los cuerpos hasta agotarse por completo.

Hasta quedar pelados, ardidos, chamuscados, golpeados por el rayo fúlmine de la locura enamorada.

XI

Viola enojada ofuscada ofendida. Cósimo no se enoja, no pelea por ella. Cósimo no responde a la provocación. Viola quiere guerra, quiere sangre, venas, pasión, locura, tragedia, romance violento, fuga, persecución, revuelo. Quiere volverlo loco, volverse loca, desaforada. Viola no se rinde ante nadie. Sigue arriba de su caballo. Lo mira y espera que le pida perdón.

Viola y Cósimo hablan sin pronunciar palabra.

Viola toma las riendas en un impulso para darse vuelta y alejarse al tranco pero no puede evitar mirarlo de reojo antes de hacerlo y se encuentra con el movimiento espasmódico de las hojas delante del mutis intempestivo de Cósimo. Nunca la perdonaría. Nunca le pediría perdón. Viola sabe cómo pretender el orgullo. Infla el pecho y da media vuelta. Él no puede ver cómo se desinfla si le da la espalda. Ella no puede soportar la debilidad de carácter. Nunca lloraría. Es hora de correr. Sólo entonces, al escuchar las pisadas voraces de su caballo, Cósimo la mira y ve su larga cabellera suelta alejándose indiferente.

XII

Me pregunto si otras mujeres lo habrán conocido y espero que sí, que sean muchas, pero que ninguna sea como yo.

Que para él sea única y que no me haya olvidado y que nunca me olvide.

XIII

Viola siempre

por siempre

correrá

para no sentir el hueco

caliente

a un lado del cuerpo

vacío y negro

desierto

antiguo

que la llama

y arde sin nombre

El Rapto

¿Pero adónde, adónde iremos?/ ¿Por fortuna encontraremos/ en la pampa algún asilo,/ donde
nuestro amor tranquilo/ logre burlar su furor?/ ¿Podremos, sin ser sentidos,/ escapar, y desvalidos,/
caminar a pie, y jadeando,/ con el hambre y sed luchando,/ el cansancio y el dolor? Ellos van. Vasto,
profundo/ como el páramo del mundo/ misterioso es el que pisan./ Mil fantasmas se divisan,/ mil
formas vanas allí,/ que la sangre joven hielan:/ mas ellos vivir anhelan.

Esteban Echeverría, *La cautiva*

I

La muchacha cuelga las sábanas blanquísimas y el viento las espanta. El jinete viene galopando furioso, pasa a su lado como una ráfaga y se le vuela el vestido, el pelo, y se llena de polvo. Las sábanas se revuelven, centrifugadas por el impulso y él vuelve a pasar para el otro lado y esta vez la levanta en el aire en un solo movimiento, envuelta en la tela blanca como una momia, entregada. El caballo corre a toda velocidad. Casi vuela, turbulento, y parece imposible que alguna vez vaya a aterrizar.

II

El jinete y la muchacha se pierden en la llanura. No se sabe adónde van. No se sabe si es un pistolero o un indio ranquel.

El paisaje es el mismo: una raya en el horizonte.

El jinete es salvaje y la muchacha es delicada.

Esto pasa seguido en el desierto.

Es una escena común, muchas veces contada. Lo que no se sabe, lo que nunca nadie contó es adónde va ese caballo, qué pasa cuando se detiene.

(Porque en algún momento tiene que parar, nadie vive galopando para siempre.)

Parece que el rapto es sólo eso:
arrancar a una muchacha de cuajo y llevarla lejos y rápido.

III

El caballo se esfuma, deja una nube de polvo que impide ver dónde están, qué están haciendo, para qué se roba así, qué viene después.

¿Desaparecen?

¿Explotan por el aire? ¿Se los traga la tierra? ¿Se prenden fuego?

¿Se matan? ¿Se aman?

¿Se entienden? ¿Vale la pena?

¿Tendré que ir?

Una nube de polvo: lo último que se ve desde acá.

El efecto que se puede contar. El falso misterio.

Una pregunta de flecha:

correr más rápido con los ojos y atravesar el final.

Abrir la historia del rapto que no se termina.

IV

Sí, voy a correr a ciegas, sosteniendo el vértigo para pasar del otro lado y verlos llegar. Descubrirlos y poder contarlos: captar con los ojos esa acción reveladora.

Espero que la escena sea una visión que nunca imaginé.

Que me sorprenda tanto que no pueda pensar.

Que la reflexión no me sirva para nada. Abandonarla feliz.

Que pueda ver con ojos humanos.

Que la vista salga de mi cuerpo.

Ver lo que se afirma, lo que se muestra, lo que vive, lo evidente, lo que es.

El caballo se desploma. El jinete se incorpora y carga a la muchacha sobre el lomo. Ella no grita ni patalea. Tiembla de tristeza. Él la acuesta en el pastizal. Envuelta en las sábanas parece una mariposa o un bebé recién nacido. Él necesita la resistencia. Rasga la tela, fabrica el ruido, la sensación de algo roto. Es el momento de arrasar, pero se demora un segundo. Ella lo mira como un animal herido. Él se contiene. Se acerca con determinación y dificultad. Ella le pone una mano en el pecho. Tal vez quiere pararlo, pero su cuerpo es tan blando que le sale una caricia. Él se siente tocado, violado. La mira para entender qué pasa y sus ojos se encuentran. Ninguno sabe qué es ese gesto. La imagen se congela en la extrañeza. Se sienten ridículos en la situación de no entender. Se ríen. Lloran de la risa. Y de los nervios. Y del miedo. Y del amor.

VI

El cielo está casi quieto. Se pueden ver los cambios suaves en las sábanas tendidas por la mañana, que guardan la historia del día. La muchacha mira el sol caer sentada en un tronquito, tomando mate al borde de la noche. Su patrona aprendió a permitir esa costumbre. Hace siempre lo que se le manda, pero no puede evitar el ritual de la tarde. En ese momento, le es imposible cumplir órdenes. Sale hipnotizada a ver el campo que atardece como si recordara un antiguo incendio.

El jinete cruza las chacras al galope y parece que el pasto se doblara ante él antes de ser pisado. La sombra de caballo y hombre es imponente, pero la fama es lo primero que se ve. Mirando mucho tiempo la línea del horizonte, la tierra tan sólida puede volverse vapor de polvo. Así se presenta él, como una exhalación de la llanura. Ella siente a sus espaldas el calor del caballo. Él se acerca en silencio. La mira y dice: “Vamos”. Posibilidades infinitas salen de esa única palabra: correr, pelear, gritar, resistir, morir. La muchacha se pone de pie y le ceba un mate. Él lo toma.

En un segundo inmenso como la llanura, dedica una última mirada a su casa. Deja la pava en el piso, se para sobre el tronquito y sube al caballo como quien trepa una montaña. Él le devuelve el mate y ella lo guarda en el bolsillo del delantal. Él ordena: “Agarrate fuerte”. Ella obedece. Es dócil. Todas las tardes, sin falta, se sienta a tomar mate mirando lo que queda del sol.

VII

La muchacha está parada en el medio de la llanura haciendo cualquier cosa, disimulando. Fue a buscar agua, a tender las sábanas, a darle de comer a las gallinas. Se la ve activa, hacendosa. Pero si pudiéramos hacer una radiografía de su alma, veríamos que está vagando sin rumbo, que no sabe qué está haciendo ni por qué está viva. Que varias veces al día querría morir.

El jinete galopa cortando camino. No importa qué hizo, lo que interesa es la consecuencia. Huye furioso. Escapa hacia adelante. Ya olvidó la acción. Ahora se concentra en su cuerpo. Rebelión, ira. Ganas de aniquilar. Desaparecer. Fugarse de la tierra.

Hay desquite. Hay encuentro. El jinete agarra a la muchacha de los pelos y la lleva tumbada sobre el caballo de cualquier manera. A ninguno de los dos le importa.

VIII

Le doy vueltas a la escena, la miro de acá, de allá, pero no hay manera: no puedo pasar del otro lado. La nube sigue ahí, deformando la historia. No puedo ver en qué se convierte el rapto.

Tal vez no hay transformación. Hay algo que se corta.

Fundido a negro y después... elipsis.

Viene la historia de las cautivas viejas y de cómo se adecuaron al raptor.

Nadie puede acceder a ese paréntesis.

Hay que ser raptada, hay que raptar para saber.

El rapto es íntimo.

IX

Hay algo que no puedo ver.

La violencia de la violación.

Todo lo que participa. Todo lo que desencadena.

El rapto histórico. El sometimiento.

Ser una sierva. Una cierva.

Un blanco perfecto.

Dócil. Inocente.

Sin palabra.

X

Y esa necesidad de creer que la muchacha elige a su raptor.

El deseo de creer en el destino.

Que tenga sentido. Que sea una función.

Jugar a Dios.

Todo está escrito.

XI

El jinete y la muchacha se pierden en el horizonte.

Son libres de palabra.

Soy yo la esclava de la imagen.

La Persecución

I

El perseguidor detrás de mí. Tengo que darme vuelta y mirarlo.

Quedarme detenida frente a él.

¿Quién sos? ¿Quién?

Quedarme detenida, no presa, no es lo mismo. Detenida, no sospechosa, no culpable, sólo detenida. Inocente y blanca observándolo.

Detenida un momento. Expuesta. Rompible, impune. Obscena mirando. Detenida en la revelación. Insalvable, abierta, suspendida.

Espero. Miro. No puedo. No siento el dolor.

Detenida sin piel, deshuesada sin adentro, detenida y ciega, sin mover sin poder, detenida inerte, inconmovible, estática, detenida adentro, sin piel ni huesos, erguida, inamovible, detenida e inminente, columna sin ojos, dura, inflexible, congelada, no responde, no acompaña, queda detenida, y espera.

II

El paredón se levanta apenas sobre el suelo verde. El sol quema. Nada se escucha. Me siento detrás del paredón con las piernas flojas como si yo misma fuera el muro que el sol va derritiendo. Desde el límite veo la extensión de pasto sin parquizar, el pasto de los caballos, el pasto antes del alambrado.

El sol quema. No siento las lágrimas. No tiene sentido llorar en silencio.

El mundo en el paredón deja de existir.

Sólo miro lo que queda de la tierra delante de mí. Veo una fila de eucaliptos. Es la línea del alambrado: allí termina el terreno y yo deseo que entonces comience la tierra. Llego con los ojos, pero no puedo moverme.

Mi cuerpo respira apoyado en la pared y el aire se calienta con el sol.

Me quedo ahí.

Sé que alcanzaría con ir caminando despacio y cruzar el terreno de los caballos, llegar a la línea de los eucaliptos, agacharme, pasar reptando debajo del alambre y entrar en la tierra que se extiende ante mis ojos. Parece lejos pero está ahí, al alcance de unos pasos que no puedo, no me animo a dar, porque si empiezo, si camino, si me levanto del paredón, podrían verme y disparar en el centro de mi espalda.

Antes de avanzar un solo paso, estoy besando el suelo, el terreno que jamás traspasaré por el miedo a morirme, el miedo a que me maten.

III

Tenés el valor de correr libre de estupidez, libre de amargura, de cansancio, rencor, rabia, soltarla, que corra, espumante, sacudiendo hasta escupir toda la baba acumulada, pelota de rabia lanzada hacia afuera.

Va la pelota, sigue su camino, y vos corrés libre, agitando el cuerpo hasta dejar todo tan atrás que no te acordás dónde empezaste.

Te topás con un claro desierto.

Fin del paisaje, cambio rotundo: la visión del horizonte.

No sabés qué hacés ahí.

Mirás para atrás. No ves nada.

No entendés cómo llegaste, qué camino seguiste.

Nunca te tomaste la molestia de mirar para dónde ibas.

¿No te das cuenta?

Tenés que correr porque se te acaba la gracia, se te acaba la vida, te atrapan y te morís, quedás atada para siempre.

Tenés que correr para vivir.

Tenés que correr.

¿Qué hacés ahí parada mirando?

Es que ya no ves. El fantasma maldito te da la espalda, se olvida de vos, y te quedás mirando la falta extrañada.

Te dejaron sola, sin correr, sin nadie de quién escapar.

Sentís que es imposible.

Andá, corré, armate de fantasma, revivilo aunque te duela, aunque sea el dolor que conocés y te hace sentir familiar.

Deberías seguir corriendo.

¿Qué vas a hacer si no? ¿Vas a ser libre? ¿Vas a hacer lo que quieras?

Si no sabés qué es.

Te quedás parada.

¿Qué puede moverte ahora?

¿Qué puede moverte que no sea el atrás?

Mirás y no entendés. No sabés cómo se hace.

Pero estás tan cansada de correr y de ser libre y de ser fuerte.

Estás cansada.

Mirás hacia adelante:

No hay nada más que una línea, un cielo despejado y una tierra extendida a tu alrededor.

El agotamiento

La trampa de lo doble:
la imagen exacta de la libertad,
un caballo corriendo suelto en la llanura,
es la precisa marca de mi condena.

I

Vivo corriendo. Es el caballo que se desboca. La adrenalina de permanecer en el vértigo.

En mi tierra no existe el cansancio.

Puedo perderme corriendo, el horizonte es siempre el mismo.

Es muy difícil sentir el cuerpo en la carrera. Todo se sucede, nada perdura. Vivo en estado de shock, siempre lista para disparar y correr un poco más rápido.

Galopo para siempre, hasta que el cuerpo revienta. Tengo que someterme al descanso forzoso, aunque no lo haya decidido ni deseado. Y sin embargo, sí. Esto, la quietud, viene a mí sin aviso. Hace mucho tiempo tendría que haber parado. Siento el agotamiento de hoy y de todos los años corridos en mi cuerpo.

Me pregunto si habrá sido mi deseo, si habrá sido mi elección pasarme la vida corriendo o sólo fui un instrumento de alguien. Creyéndome la dueña de mí misma no hice más que seguir a un jinete domador. Siempre fui una fiera doméstica. Nunca corrí libre. No supe qué querer. Y sin embargo corrí hacia adelante al ritmo de la fusta de un jinete voraz que quiso más rápido, más fuerte, más lejos. Y yo lo seguí orgullosa de mi cuerpo animal, entregada a su capricho, embelesada sin piedad, sin cuidado, sin sentido.

II

El cuerpo me abandona. Ya no sirve. No tengo fuerzas.

El cuerpo colapsa. De nada sirve la flexibilidad ni la destreza.

El cuerpo que tanto podía, que tan fuerte y veloz, tan hábil y atlético, ya no puede más.

El cuerpo pura sangre, el cuerpo puro impulso ya no brota, ya se seca, ya se acuesta, yace, tendido, exhausto.

El cuerpo se queda a mitad de camino. La cabeza lo arrastra como una bolsa de papas, un saco de huesos y de carne vencida, un estado calamitoso que ya no recuerda cómo era sentirse vivo.

El cuerpo reducido, explotado, llevado al límite de su capacidad.

El cuerpo sobrecargado, expuesto, aprovechado.

El cuerpo desabastecido, desnutrido, enfermo, ahora descansa.

El cuerpo necesita recuperarse.

La cabeza espera paciente. Ya volverá a servirle.

La cabeza manda. La cabeza sabe. Adónde vamos.

Qué necesitamos. Más rápido, más fuerte.

Más. Más. Más.

No hay más cuerpo.

Ya pasó el momento de parar.

El cuerpo es irrecuperable.

La cabeza no sabe. Insiste en su esperanza.

III

¿Quién es el jinete invisible que me empuja cada vez más al borde, cada vez más lejos, más ausente, más fuera del tiempo?

¿De dónde sale esa velocidad más rápida que cualquier parte del cuerpo que hace que tartamudee mi pensamiento?

¿Quién me tiene tomada y subyugada creyéndome tan libre, tan galope de potranca con las crines al viento?

¿Quién me obliga a correr siempre sin parar?

¿Quién me dicta el fuego en las piernas?

¿Quién?

Yo no soy. No me reconozco.

Sólo puedo ser caballo negro que se piensa libre mientras alguien le sopla viento al oído para que no vea que corre en el lugar.

Sólo puedo ser la chica ingenua que pensaba qué lindo caballo, joven, fuerte, la chica valiente aventurera capaz de subirse al caballo más salvaje y hacer una función de circo, la chica sabelotodo que pretendía montar un caballo negro y brillante, y dominarlo como si pudiera domar la noche.

Sólo puedo ser la que se sube al caballo, y no espera a que le digan bajate del pony, porque el caballo solo sale corriendo y galopa tan fuerte que me quedo colgando de las riendas, mis piernas arrastrándose por el piso tratando de no interponerse entre las patas del caballo que no para, que mantiene la velocidad como si no tuviera un corazón que se cansa, como si fuera una máquina, un animal poseído por el único objetivo de correr siempre sin parar.

Ahí estoy, levantando polvo en el desierto.

El caballo que ven loco de atar, soy yo.

Y esa chica que lleva a la rastra, también soy yo.

Hace mucho tiempo tengo la misma sensación en el cuerpo: molida como si me hubieran pegado con un palo recorriéndome todo el cuerpo y la piel se acordara centímetro a centímetro.

Ya no puedo más.

No puedo más.

No puedo.

No.

Basta.

Hay vida después del movimiento.

Hay vida en la quietud.

Tengo sueño. Y hambre. Y sed.

Tengo frío.

El cuerpo despierta y me llama.

Soy un caballo cansado

y una niña en el desierto.

No sé cómo llegué hasta acá.

No sé cómo voy a salir.

Espero que llueva pronto.

Que llueva fuerte.

Que duerma mucho.

Que el sueño y el agua laven mi cuerpo.

Ahora sólo quiero descansar.